

La cultura

FERMÍN PEDRO UBERTONE

Era la clase de Literatura. El profesor, un español de esos que hablan cerrado, pero sabía muchísimo de libros, conocía todas las grandes obras literarias de la lengua castellana, poesías, novelas, obras de teatro, nada le faltaba saber.

Era además un profesor muy responsable: preparaba sus clases, traía sus materiales, en fin, un ejemplo de profesor de Literatura.

Pero -esto hay que reconocerlo- tenía un defecto: poca paciencia con los alumnos.

Aquel día, se estudiaba una novela de la época clásica.

A raíz de una grosería de un personaje secundario, comienza en la clase una algazara que va aumentando de tono a medida que continúa. Los alumnos se desatan, cuentan chistes a cual más grueso, compiten por ver quién hace la zafaduría mayor, hay gritos, risotadas, y todo eso.

El barullo es tan fuerte que acuden a ver qué pasa los celadores y los profesores de las aulas vecinas.

Se encuentran con el profesor de Literatura rojo de ira, gritando como un energúmeno. Se ha sacado el saco y la corbata, se ha arremangado y está a punto de pasar a la agresión física contra los alumnos.

Los celadores y colegas consiguen sujetarlo y llevarlo al patio. Tratan de calmarlo, pero el hombre sigue furioso.

Aún amarrado por los brazos, sigue gritando cosas en dirección al aula.

En un momento, agotado, se detiene, respira, baja el volumen.

Y, todavía enérgicamente, se le oye decir:

-Pero, ¡coño, estos chavales! ¡Insolentes, que no respetan nada! ¿Qué se habrán creído? ¿Qué la cultura es cosa para divertirse?